

## CAPÍTULO V

## El gobierno, la corte y la diplomacia de don Carlos

estado una sangrienta pelea en la que por unos y por otros se dieron repetidas cargas á la bayoneta, sin que los empeñados esfuerzos de los liberales consiguiesen hacer retroceder á los carlistas, ni conseguir estos que los soldados de Meer desalojasen las posiciones que habian conquistado. El baron se hallaba herido, contuso el brigadier don Froilan Mendez Vigo que le seguía en el mando; contábanse las bajas por centenares; la capa de espesa nieve que cubría el suelo la ennegrecía el número de cadáveres tendidos sobre la blanca superficie; el desencadenamiento de los elementos crecía en vez de calmarse. Nadie abandonaba su puesto, pero la victoria parecía indecisa, los mas esforzados veían próximo el momento en que no podrian contener á los menos fuertes, y todos echaban de menos la presencia del popular caudillo cuya voz poseía el secreto de entusiasmar al soldado. Yacia Espartero en aquellos momentos postrado en cama, atacado por un violento acceso de su dolencia de la piedra.

A las once de la noche presentábase en el alojamiento del enfermo, el general Oraá, en quien habia recaído el mando del ejército y la dirección de las operaciones. El encanecido jefe de estado mayor, cuyo ánimo no habia seguramente decaído, llegaba pensativo y perplejo á consultar á su jefe acerca de lo crítico de la situación.

En vista de la urgencia, Espartero que ya habia dispuesto el envío al ensangrentado campo de batalla de la division del general Cevallos Escalera, ordena que la siga la brigada del coronel Minuisir. Pero no bastan estas disposiciones; por instantes llegan oficiales enviados por los generales que luchan desesperadamente contra el enemigo, encargados de informar á Espartero de que, resueltos á hacerse matar, no están seguros de vencer.

Estos reiterados avisos, enviados por hombres incapaces de flaquear, como consta al que los recibe, operan una reaccion sobre la padecida organizacion física del valiente soldado postrado en cama; salta instantáneamente de ella, pide sus vestidos, hace ensillar su caballo y arrastrado por la emulacion, por el patriotismo y por el despecho, corre al lugar de la pelea. Su llegada vale tanto ó mas que pudiera hacerlo un cuerpo de ejército; el soldado que ve al caudillo á cuyas órdenes está acostumbrado á vencer, no duda ya de la victoria; cada hombre cree valer ciento; las palabras que á las tropas dirige Espartero electrizan al soldado, á cuyo ardor nada ya es capaz de resistir. A sus entusiasmados gritos hace eco el ronco sonido de los tambores, la armonía de las bandas de música, el bramido del huracan y el ronco estampido de las olas del mar que se estrellan contra las orillas de la ría; y ante aquel torrente de voces humanas, de gritos de guerra, de incesantes disparos y de cargas al arma blanca, llegado el momento decisivo en que unos ú otros tenian que ceder, doblegaronse los carlistas ante la estrella de los liberales que, vencedores, treparon á la cumbre de Banderas, en cuyo fuerte clavaron al amanecer el día 25 la triunfante bandera de la libertad española.

Las penalidades del ejército y de su caudillo se hallaron gratamente recompensadas al hacer el último su entrada en Bilbao en la mañana del primer día de Pascua de Navidad y contemplar las ruinas y demoliciones que atravesaba, en medio de las bendiciones de un pueblo digno del nombre que ha inmortalizado su ardiente amor á la causa nacional.

El general y sus oficiales abrazaron con efusion á los valientes milicianos que hallaron formados para recibirlos á pocos pasos del *Tránsito de la muerte*, que el enemigo no habia osado afrontar.

El general felicitó á la guarnicion y al pueblo con sentidas alocuciones y las Cortes y la Reina gobernadora los premiaron decretando para la ciudad el título de Invicta, para su municipalidad el tratamiento de Excelencia, y confirmando á Espartero la dignidad de conde de Luchana.

La defensa de Bilbao costó á sus heroicos defensores la vida de doscientos cuarenta individuos, entre soldados, milicianos y pueblo, habiendo ascendido el número de heridos á ochocientos ochenta y siete.

Por gastada que estuviere la armazon del régimen tradicional que desde los primeros tiempos de la dinastía austriaca habia apartado al gobierno español de las corrientes civilizadoras que lo inspiraron á partir del período histórico conocido bajo el nombre del *Renacimiento*, hasta finalizar el reinado de los Reyes Católicos; no es posible desconocer que la España de nuestros padres, la sociedad que todavía conservaba un carácter propio y una fe viva en sus tradiciones, no podia ser, digámoslo así, barrida del suelo patrio, sin resistencia, sin protestar en favor de su personalidad histórica.

De esta vitalidad que aunque próxima á espirar, conservaba todavía el poder inseparable de una organizacion completa, cual lo era la de las instituciones eclesiásticas y municipales que imperaban en España á principios del siglo actual, dan testimonio irrecusable la guerra de la Independencia, la reaccion autoritaria de 1814 y las dos guerras civiles de 1833 á 1840, de 1869 á 1875, guerras que han ensangrentado nuestro suelo, legando á las generaciones que aun viven, el problema por resolver de cuál deba ser el ordenamiento social que ponga en armonía las ideas, las aspiraciones y los intereses de la nacion.

La carencia absoluta de preparacion científica en que nos hallábamnos en 1808 para emprender una renovacion de la índole de las que consumaron, Inglaterra en el siglo XVII, Francia á fines del XVIII y en nuestros días Italia y Alemania, explica las causas de la incertidumbre y de los tropiezos con que han luchado los reformadores españoles, en la difícil obra de nuestra reconstitucion social.

Harto notorio es que el partido liberal no supo ó no pudo en 1812 ni en 1820 obrar de manera que le atrajese la opinion ni la confianza del pueblo español. Heredero del partido carlista, de la resistencia, de la hostilidad, que contra las reformas iniciaron los serviles en 1814 y continuaron los realistas en 1824, encontró el carlismo cuna y asiento en las provincias Vascongadas y en Navarra. En su territorio fijó sus reales el hermano de Fernando VII y allí cumplo, al estudio de la época cuya historia narramos, ir á estudiar la fisonomía que tuvo y las fases que presentó el gobierno de don Carlos en la época que se abre al fallecimiento del hijo de don Carlos IV y finaliza en el memorable convenio de Vergara.

Los fueros y las inmunidades eclesiásticas encendieron la guerra civil de 1833, y en las provincias donde florecian aquellos imperaban estas, es donde hay que buscar la explicacion de lo que fué el accidentado y pasajero gobierno del Pretendiente.

Las diputaciones forales y Zumalacárregui echaron los cimientos de la situación que vino á regir don Carlos en persona cuando despues de su expulsion de Portugal y de su breve estancia en Inglaterra, atravesó de incógnito la Francia y se presentó en Elizondo á los que lo aclamaban por rey.

Fué su primer ministro el conde de Pen-Villemur, de origen francés, de abolengo legitimista y militar que se habia ilustrado, primero sirviendo en el ejército del príncipe de Condé y posteriormente en el del emperador de Austria. La guerra contra Napoleon trajo nuevamente á España en 1808 á Villemur y en ella sirvió con bastante crédito. Al lado de don Carlos y como consejero áulico, si no lució el conde por rasgos de ingenio, tampoco fué responsable de actos que lo rebajasen.

Sucedióle Cruz Mayor, cuya impopularidad se hizo bien pronto notoria. Gracias á la económica administracion foral, los ministros de don Carlos se descargaban de la parte de responsabilidad que mas debia pesarle, la de buscar recursos para sustentar su ejército. Algo dejamos dicho en el capítulo V del libro II sobre el sistema financiero de don Carlos, alimentado por los suministros en especie que hacían las diputaciones, por la exaccion que se imponía á las familias liberales, por los productos de las aduanas establecidas en la línea del Pirineo y por los donativos de los particulares y los escasos subsidios que debió el Pretendiente á las simpatías de los gabinetes extranjeros.

En todo el año de 1836 no debió la corte de Oñate á las de Viena, San Petersburgo y Berlin auxilios que excediesen de la módica suma de un millon doscientos mil francos, y la de Cerdeña, que se le mostró propicia, hasta que Carlos Alberto se hubo hecho liberal, tampoco se mostró muy generosa con su aliado, habiéndole descontado doscientos mil francos que en 1833 suministró á Romagosa, para insurreccionar á Cataluña.

Entre la grandeza encontró don Carlos voluntades mas propicias. El marqués de Villafranca tuvo siempre su caudal á disposicion del que miraba como su rey, y es fama que entre los magnates que vivían en España y que habian reconocido á la Reina y servídola en puestos honoríficos, los hubo quienes secretamente suministraban á su competidor sumas de gran consideracion.

Al sucesor de Pen-Villemur, quien, como queda dicho, no tardó en desacreditarse, le declararon la guerra los militares y tuvo que dejar el puesto á otro hombre de incontestable mérito, pero que tampoco supo ó tal vez no pudo apartar á don Carlos de sus hábitos rutinarios. Nos referimos á don Juan Bautista Erro, ilustrado literato y estadista de notoria probidad. Propúsose, pero no lo consiguió, *modernizar* el gobierno del Pretendiente. En su tiempo dió don Carlos una especie de manifiesto en el que hablaba de reunir Cortes, terminada que fué la guerra civil. Dióse un decreto que sustitua el fusilamiento al garrote, y otro por el que se abolía la degradante penalidad del azotamiento en público. Restablecióse con énfasis la universidad de Oñate y supo Erro encontrar cooperadores dando elevados puestos á los sujetos de mayor notoriedad que figuraban en el partido carlista. A don José Moret se le encomendó el despacho de los asuntos de Guerra, á Arias Tejeiro los de Gracia y Justicia y los diplomáticos á don Wenceslao Sierra, confirmando al propio tiempo puestos de categoría é influjo á Eguía, á Gonzalez Moreno, á Maroto y á otros hombres importantes del bando carlista.

Verosímil parece que el Pretendiente, que llegó á ofrecer Cortes, aunque en su interior las repugnaba, hubiera quizás mostrádose dócil á indicaciones que le hubiesen sido hechas por sus partidarios y allegados; pero aquel príncipe en extremo celoso de la ingerencia que la diplomacia extranjera, no obstante lo que le importaba conciliarla, pretendía ejercer sobre él, miraba con celos que sus aliados aspirasen á influir sobre la política que se proponía seguir si triunfaba. Sobre este punto, era el candidato Rey á todas luces intransigente.

Habia en él mucho de parecido á Felipe II, menos el genio de aquel célebre monarca. Sin exponerse á cometer error, podría afirmarse que no hubiese don Carlos consentido en reinar sobre súbditos que no profesasen su misma fe religiosa.

Y tan poco como sin provecho real ni definitivo para su causa reportó de su extremada devocion, á la que bien puede darse el nombre de fanatismo, tanto ó mas le perjudicó por el contrario para haber tal vez podido ser aceptado por Rey á consecuencia de la proclamacion de 1836 de la Constitucion de 1812.

Las clases que entonces representaban intereses conservadores eran *antidoceañistas*, y si cuando estalló el motin soldadesco de la Granja don Carlos hubiese dado una amnistía amplia y sin restricciones, y declarado que gobernaría con Cortes y convocádolas para seis meses despues de haber hecho su entrada en Madrid, la miserable expedicion de 1837, que tan en evidencia puso hasta para sus mismos partidarios su nulidad como príncipe, habria verosímelmente tenido otro resultado. Pero el célebre decreto que en aquella época expidió y por el que proclamaba á la Virgen María generalísima de sus ejércitos, explicable como acto interno, como aspiracion á merecer la proteccion divina, era un anacondismo empleado como medida política en pleno siglo XIX. Engreído don Carlos en la idea y preocupaciones del estado social que se deshacia, no comprendió las necesidades de la sociedad que iba á nacer de la descomposicion de la antigua, y solo tenia simpatías y oídos para los que le hablaban de su derecho, como emanado de la voluntad de Dios. Creía que los pueblos suspiraban por que reinase, debilidad que lo disponía á acoger á los intrigantes

que acudían á su campo asegurándole que bastaría que fuerza armada llevando su bandera se presentase en las provincias que obedecían al gobierno de la Reina para que la mayoría de sus habitantes lo aclamasen por Rey, y de aquí el ansia con que sus cortesanos clamaban por el envío de expediciones al interior y la insistencia con la que pedía don Carlos á sus generales victorias, que no les era á estos posible conseguir, sino cuando el ejército de la Reina se las proporcionaba yendo á buscarlos en sus montañas, en territorios cuyos naturales en cuerpo y alma les pertenecían.

Las camarillas, las intrigas, el pandillaje eran el costado débil del partido carlista, así como por parte de los liberales constituían su plaga los pronunciamientos y las escisiones.

Para las provincias Vascongadas y Navarra la guerra de los siete años tuvo el carácter y el significado de una *guerra nacional*, por lo que tenia de autonómica para un país que creía defender en ella sus costumbres, sus franquicias, su manera de ser, ínterin que para las demás provincias de España se lidiaba una guerra de partido.

Esto explica la duracion que debia tener la contienda civil cuya historia bosquejamos, la que sin la circunstancia de no haber interesado moralmente en igual grado á las masas de opinion que arrastraba, no habria dado el espectáculo de que un millon escaso de españoles pretendiese obstinadamente, imponer la ley á quince millones de sus conciudadanos.

El glorioso hecho de armas de Luchana y la liberacion de Bilbao produjeron en la España de los liberales un goce tan universal como profundo fué el desaliento que llevó al ánimo de los partidarios del Pretendiente, entendiendo por tales á los que sin haber tomado las armas en su favor, hacían votos por su triunfo y vivían sumisos, ostensiblemente al menos, al gobierno de la Reina, al que en su interior repudiaban.

En las provincias Vascongadas y en Navarra no decayó sin embargo la perseverante fe de la mayoría de sus habitantes, para quienes el triunfo de la causa era el ex-voto de sus mas íntimas aspiraciones; pero los que habian combatido y derramado su sangre en la última campaña, se mostraban vejados de no haber obtenido el triunfo y atribuían el fracaso de sus penalidades y sacrificios á los jefes: perdida pues su confianza hácia varios de ellos, casi se desmandaron los batallones al alejarse de Bilbao y á no haber sido el país vascongado una tierra de costumbres patriarcales en cierto modo, pocos de los voluntarios arrojados á bayonetazos del asedio de Bilbao y que en gran número se fueron á sus casas, habrian vuelto á las filas.

Pero donde mas sensacion causó el fracaso fué en los generales carlistas y sus pandillas que, contrapuestas y engolfadas en intrigas rivales, no desperdiciaron la ocasion para tirar á bala roja unos sobre otros. Villareal, mas pundonoroso que sus correligionarios, se apresuró á presentar su dimision, juzgando con modestia no deber continuar en el mando despues de una campaña que no habia sido feliz.

El infante don Sebastian, como queda indicado en el capítulo I del libro II, estuvo vacilante entre las dos ramas de la dinastía que se disputaban la sucesion de Fernando VII; arrastrado por la doble y poderosa consideracion de familia que como hijo de la princesa de Beira y marido de una hermana del rey de Nápoles lo inclinaban al lado de don Carlos, se hallaba cerca de este á quien habia venido á ofrecer sus servicios.

Como príncipe de sangre real, el nombramiento de don Sebastian para general en jefe ofrecía la ventaja de descartar rivalidades y de dar prestigio al generalato y fué el infante en su consecuencia elegido para reasumir en su persona el dualismo que habian compartido Eguía y Villareal. El último debió á sus buenos servicios y á lo bienquisto que estaba en el ejército, el puesto de primer ayudante del príncipe generalísimo.

No fué tan bien recibido al nombramiento de Gonzalez Moreno para jefe de estado mayor general; pero el prestigio que iba unido á la persona del infante cubrió la impopularidad que acompañaba el nombramiento del vencido de Mendigorria.

La proclama que en forma de orden del día se apresuró á



dar el infante produjo buen efecto en su campo, y no perdonó medio la peregrinante corte para dar todo el realce posible á la dignidad de que revestía al hijo político del que se titulaba Rey.

Dotóse al príncipe de numerosa servidumbre militar. Tuvo por ayudantes de campo, además de Villareal, al conde de Madeira, á los generales Sans y Cuevillas y al príncipe de Linowsky; por segundos ayudantes seis coroneles y un séquito de oficiales de estado mayor suficiente para cubrir el servicio de un ejército de cien mil hombres. Segun los cálculos fundados en los datos oficiales que posee el señor Pírala, el

de don Carlos se componía al finalizar el año 1836 de 32,000 infantes y 1,500 caballos.

Añade peso á las observaciones que hemos consagrado al gobierno y á la corte de don Carlos el hecho notable de haber atraído este príncipe á su servicio á los distinguidos oficiales de los cuerpos facultativos (artillería é ingenieros) que supieron improvisar, creándolo, por decirlo así, de la nada, el material de guerra que llegó á reunir el ejército carlista. En el museo militar de Madrid se conservan objetos que atestiguan la inteligencia de aquellos oficiales, los que solo es de sentir militasen en otras filas que en las de los defensores de la libertad.

## LIBRO SÉTIMO

### DON CARLOS EN CAMPAÑA

#### CAPITULO PRIMERO

##### Evans en Guipúzcoa.

La cola de la expedición de Gomez.—Ataque por Evans de las líneas de San Sebastian.—Campaña frustrada.—Toma de las líneas de Hernani por Espartero.—Operaciones en Cataluña hasta la llegada de don Carlos.—Vuelta de Cabrera á campaña.—Mando de Oraá en Aragon.

Aunque el levantamiento del sitio de Bilbao y la vuelta de Gomez á las provincias Vascongadas, mas bien con el carácter de fugitivo que con el de triunfador, fueron hechos que contribuyeron á que el año 1836 cerrase en condiciones menos adversas para la causa liberal que las que esta habia atravesado en el verano y otoño del año anterior, todavía la empeñada contienda presentaba un horizonte preñado de peligros para los partidarios de la Reina doña Isabel.

Entrado vencedor en Bilbao, hallábase Espartero bloqueado en cierto modo en el recinto de aquella plaza. Para salir de ella y emprender operaciones tenia que tomar nuevamente la vía de mar, ó que intentar la temeraria empresa de atravesar por el corazon del territorio dominado por el enemigo. El primero de dichos temperamentos volvería á poner á los esforzados bilbainos en la misma peligrosa situación de la que acababan de ser sacados, y lo segundo no era posible intentarlo sino por medio de una combinacion de todas las fuerzas del ejército, operacion en la que realmente pensaba el gobierno y sus generales, en los términos de que daremos cuenta despues de haberlo verificado de ciertos hechos que, aunque cronológicamente pertenecen al 1837, son por su misma índole inseparables de los sucesos de mas bulto acaecidos al terminar el año anterior.

A este órden pertenece el paralelo de la conducta observada por el gobierno relativamente al grave asunto promovido por las enérgicas reclamaciones del brigadier Narvaez contra la sublevacion de Cabra, alentada y utilizada por el general Alaix.

Desde luego se comprende que fuese embarazoso para el gobierno aplicar á aquel general, reo de escandalosa indisciplina, todo el rigor de la ordenanza, en los precisos términos exigidos por Narvaez, lo cual podia dar lugar á rivalidades en las filas del ejército del Norte; pero fácil era haber evitado semejante escollo, habiendo acompañado la indulgencia de que se quisiera usar respecto á Alaix, con la consideracion y el premio á que tan acreedores se habian hecho Narvaez y su division; mas léjos de que el gobierno usase de la discrecion y tacto que el asunto exigian, mostróse desde luego prevenido y parcial contra el último.

Justa apreciadora la opinion pública del servicio que á la

causa nacional acababan de prestar la division de vanguardia y su jefe, acogió con favor la presencia en Madrid del teniente coronel don Antonio Ros de Olano, jefe de estado mayor de la misma, enviado desde Loja por Narvaez para dar al gobierno explicaciones sobre el suceso de Cabra.

Pero léjos de que dicho distinguido oficial mereciese de parte del nuevo ministro interino de la Guerra, brigadier Rodriguez Vera, una favorable acogida, ordenóse á Ros que saliese inmediatamente de Madrid y fuese á incorporarse á la division en marcha, de Loja, con direccion á la capital.

Sorprendido y disgustado Narvaez ante semejante poco lisonjera demostracion, cuando del gobierno esperaba todo lo contrario, dirigió una nueva y sentida exposicion á la Reina fechada en Quintanar de la Orden, por la que reiteraba su peticion de licencia absoluta.

Llegado que hubo aquel jefe á Madrid presentóse al ministro de la Guerra, á quien expuso la escasez de jefes y oficiales que experimentaba su division, circunstancia que permitiria al gobierno ascender á los oficiales que lo hubiesen ganado por sus servicios, á cuyo propósito habia Narvaez anunciado al ministro que le presentaria las correspondientes propuestas, á lo que se negó el ministro, al mismo tiempo que no contento con esta repulsa llegó hasta manifestar al activo perseguidor de Gomez, al jefe á quien tan extraordinarias pruebas de confianza acababa de dar el ministro saliente, que lo hecho por la division de vanguardia en Andalucía *no era tanto como lo presumia su jefe*. Tampoco prestóse Rodriguez Vera á dar satisfaccion á Narvaez relativamente á la autorizacion por este pedida para hacer efectivos castigos militares que consideraba esenciales al mantenimiento de la disciplina, y exasperado el último de verse tratado en tales términos, miró como una ironía la oferta de la gran cruz de Isabel la Católica, hecha por el ministro á un brigadier á cuyas órdenes no habia vacilado el gobierno en poner la fuerza de todo un cuerpo de ejército, compuesto de tres gruesas divisiones. El ascenso á mariscal de campo que de toda justicia correspondia á Narvaez y una favorable acogida que al mismo tiempo se diera á las propuestas que tenia anunciadas, habrian probablemente calmado el disgusto que, creciendo de punto en el ofendido, afirmólo en su propósito de separarse del servicio.

Mas temerosos los ministros del mal efecto que en la opinion produciría la retirada de un jefe militar que por aquellos dias era objeto del favor del público, los compañeros del de la Guerra procuraron calmar á Narvaez ofreciéndole que se daría curso á sus propuestas, al mismo tiempo que halagaron su amor propio, dándole á entender que continuaba mereciendo toda la confianza del gobierno. Aquellas promesas y el estímulo que Narvaez sentía por continuar su ruta con direccion al Norte, en la esperanza de tomar parte en las operacion

nes sobre Bilbao que á la sazón se hallaba en grande apuro, lo hicieron desistir por el momento de su insistencia de licencia absoluta, y púsose en marcha para reunirse á Espartero, quien por su parte creíese se hallaba deseoso de utilizar las prendas militares del reputado jefe de la division de vanguardia.

Desgraciadamente ignoraba Narvaez la verdadera disposicion de ánimo en que respecto á él se hallaba el general en jefe. Amigo y favorito como lo habia sido Narvaez de Córdova, receloso de que esta circunstancia hubiese creado en el cuartel general prevenciones que le fuesen contrarias, supo al llegar á Burgos, á la vez que la entrada del ejército en Bilbao, que Alaix *mandaba en Alava* donde iba destinada la division de vanguardia, y la idea de que al llegar á Vitoria se vería bajo las órdenes de un adversario que era su superior en grado, produjo en la vivaz imaginacion de Narvaez el doble efecto de desvanecerle la ilusion de adquirir gloria en Bilbao, y de renovar su repugnancia á verse en el caso de tener que obedecer á un general que, segun el criterio ordenancista de Narvaez, merecia un severo castigo por lo ocurrido en Cabra.

Ofuscado bajo el peso de esta doble impresion, presentóse Narvaez al general Rivero que mandaba en Burgos, hízole presente que el estado de su salud le impedia continuar al frente de la division, de la que hizo entrega, y autorizado por dicho general, en aquel momento su jefe inmediato y con pasaporte del mismo, tomó al siguiente dia el camino de Madrid, donde no fué acogido por el gobierno como se lo hicieron esperar los términos amistosos con que pocos dias antes se habia separado de los ministros. En realidad, la opinion de estos respecto al vencedor de Gomez habia cambiado mucho desde que merced á las gestiones del embajador de Inglaterra, Calatrava aceptó á Narvaez como un verdadero conjuro contra la *pesadilla* de la expedición de Gomez.

De resultas de las candidices de los moderados que se complacian en contar á Narvaez como suyo, aunque nada en realidad les hubiese ofrecido, los adversarios del gabinete Calatrava habian fundado en los triunfos y popularidad de aquel jóven caudillo la esperanza de un cambio de situacion, esperanza que exagerada por los espías con guante blanco que el gobierno tenia en medio del partido que le era hostil, dieron lugar á la prevencion que hizo que aquel mirase como un enemigo temible al hombre que dos meses antes habia considerado como un salvador; prevencion que vino á robustecer el desagrado que experimentó Espartero al saber que Narvaez se separaba del mando de la division, atribuyendo á repugnancia de servir bajo sus órdenes lo que solo tenia por causa la enemiga existente entre Alaix y Narvaez, enemiga que tal vez se hubiera transigido si el último hubiese llegado á incorporarse al cuartel general.

Las explicaciones que preceden fundadas en datos auténticos dan su verdadero significado al hecho que la division de vanguardia llegada á Burgos no continuase á las órdenes de su jefe hasta incorporarse al ejército de que habia salido, al mismo tiempo que rectifican y aclaran la equivocada seguridad con que afirma el *autor de la Guerra civil* que Narvaez no se prestó á acudir con su division en auxilio de Bilbao.

Curiosos son los pormenores de la no disimulada persecucion fulminada contra Narvaez de resultas de haberse presentado en Madrid, aunque provisto de licencia y pasaporte de su jefe inmediato. Vióse Narvaez sucesivamente desterrado á Cuenca, á Toledo, á Extremadura, y solo cesó de ser objeto de desconfianza cuando despues de las elecciones de las primeras Cortes ordinarias, convocadas con arreglo á la Constitucion de 1837, la mudanza de gabinete valió á Narvaez el favor del nuevo gobierno, por el que fué ascendido á mariscal de campo, recibiendo el encargo de formar el ejército de reserva que debia pacificar la Mancha, pero que por efecto de la rivalidad de Espartero y de intrigas que no tardaremos en señalar, valieron á Narvaez una nueva y mas extensa persecucion; contra tiempo que debia, sin embargo, grandemente contribuir á la posterior elevacion del futuro duque de Valencia.

Llenado el objeto de la digresion á la que ponemos término, entremos á ocuparnos de los graves sucesos que siguieron á la liberacion de Bilbao.

TOMO VI

Hubimos de interrumpir el hilo de los sucesos que siguieron á la ocupacion de Bilbao despues de la memorable batalla de Luchana, para dar lugar á la mencion de hechos importantes de apreciar como antecedentes de venideras decisivas situaciones dentro del período histórico objeto del estudio que nos ocupa.

Volviendo ahora á reanudar la relacion de las operaciones del ejército del Norte, ellas darán idea de la importancia de las que se emprendieron á consecuencia del plan de campaña concertado por Espartero, Evans y Sarsfield, y que el gobierno aprobó en todas sus partes, señalando la que cada uno de dichos generales debia tomar en la ejecucion.

Consistia este plan en que simultáneamente se pusiesen dichos tres generales en movimiento. Espartero al frente de veinticinco batallones debia abrirse paso por el territorio enemigo, el que atacado con vigor por Evans en su línea al frente de San Sebastian al mismo tiempo que lo seria por su flanco derecho, merced al movimiento de avance que desde Pamplona debia efectuar Sarsfield, daba esta combinacion fundadas esperanzas de que acorralados los carlistas contra el Ebro perudiesen su base de operaciones en el país vascongado, tuviesen que aceptar una batalla decisiva con el gran rio á sus espaldas, ó que internarse en Castilla, en cuyo caso se realizaria el *desideratum* que fué siempre mirado por Mina como condicion precisa para la terminacion de la guerra, resultado que aquel veterano hacia consistir en sacar á los carlistas del territorio que dominaban y traerlos á pelear en los llanos de Castilla.

Semejante plan satisfacía á las apreciaciones de una buena critica militar, y su resultado era tanto mas verosímil cuanto que las fuerzas de que para llevarlo á cabo disponia el gobierno podian considerarse como suficientes para que en los puntos por donde iban á ser atacados no pudiesen oponer fuerzas superiores los enemigos.

En efecto, Evans podia moverse al frente de veintitres mil hombres con numerosa artillería, y siendo secundado por las fuerzas de mar compuestas de cañones y de infantería, el ataque por tierra de las líneas de San Sebastian podia ser decisivo.

Sarsfield, virey de Navarra, á cuya disposicion se ponian los batallones situados en el ala izquierda, dispondria de diez mil hombres, los que con las fuerzas que acudian de Bilbao y las que se hallaban en Alava permitian á los tres generales operar á la cabeza de ochenta y cinco mil soldados.

La teoria de la meditada campaña inspiraba al gobierno una confianza acrecentada por la necesidad en que se hallaba de que la causa nacional debiese á los ministros triunfos que atrajesen la opinion que se hallaba apartada de ellos. Lo mas difícil de allegar para el éxito de tan halagada expectativa, era la posesion de recursos que asegurasen la subsistencia y la movilidad de los tres cuerpos de ejército. A efecto de adquirir dichos medios empleaba infatigable Mendizabal todos los recursos de su fértil imaginacion. Contratos con la diputacion de Alava para el suministro de víveres; anticipos onerosamente obtenidos de especuladores estimulados á explotar la penuria del tesoro; ningun medio posible de levantar fondos perdonaba el ministro de Hacienda, quien á duras penas logró reunir el mínimum reclamado por las necesidades del servicio.

No podian los preparativos á que se entregaban los liberales permanecer siendo un secreto para los carlistas, y se apercibieron á la defensa como al ataque, redoblando su vigilancia y adoptando resoluciones análogas á las contingencias de la inminente lucha.

El infante don Sebastian revistó en los últimos dias de febrero las líneas de Guipúzcoa en frente de San Sebastian, lo mismo que las plazas de Irun y Fuenterrabía, pasando seguidamente á Navarra y recorriendo los puestos militares hasta Estella.

Disponia don Carlos de cuarenta y seis batallones, de los cuales doce se hallaban en Guipúzcoa, siete en Alava, diez en Vizcaya y los restantes en Navarra.

El 10 de marzo púsose Evans en movimiento adelantando su centro por Alzá, y proponiéndose ocultar el verdadero punto de ataque, amagó los flancos del enemigo, cuyo centro era el